Capítulo 2

ACTIVACIÓN DE CONDUCTAS DE APEGO EN LOS PERÍODOS SENSIBLES DEL DESARROLLO DURANTE EL PRIMER AÑO DE VIDA

Marta Sadurní Brugué

Los periodos críticos del desarrollo se conciben como un salto discontinuo en la línea gradual del desarrollo, momento en que tiene lugar una profunda reorganización cerebral y comportamental. Trevarthen y Aitken (2003) los denominan periodos de rápidos cambios (PRCs). Buronat define los periodos críticos como aquellos que “ocupan una ventana del desarrollo bien definida temporal y fisiológicamente, al menos en cuanto a su inicio y durante los cuales se produce una maduración de sistemas estructurales y funcionales concretos” (Buronat, 2004). Durante este tiempo, parece existir una especial sensibilidad- de ahí que también se los denomine periodos sensibles del desarrollo- a los agentes externos. Tal y cómo escribí en otro documento (Sadurní, 2011) esta última característica podría conferir a los periodos críticos su carácter de vulnerabilidad, puesto que la trayectoria del desarrollo de un niño o adolescente puede orientarse hacia una u otra bifurcación del desarrollo dependiendo, en cierta medida, de los agentes externos que incidan en el organismo durante los mismos.

Estos cambios cualitativos se dan en determinadas edades a lo largo de la primera infancia y también en la adolescencia y repercuten en la transformación de varias capacidades o competencias. Destacan, en esta línea, los estudios pioneros de R. Spitz (1965), que hacen referencia a tres periodos de transición durante el primer año y medio de vida. Posteriormente, McCall, Eichorn y Hogarty (1977) propusieron la existencia de cuatro periodos cuya emergencia concretaron a los 2, 7, 13 y 21 meses. Un ejemplo más concreto nos lo ofrece Kagan (1984) que propone la emergencia de la conciencia de sí en el segundo año de vida. El periodo comprendido entre los 18-24 meses ha sido visto, asimismo, como una época de profundos cambios: cambios en las habilidades y control de la atención (Ruff y Rothbart, 1996); o en la habilidad para recordar experiencias pasadas y predecir acontecimientos futuros (Meltzoff y Gopnik, 1989). El desarrollo de la intersubjetividad ha sido concebida en torno a tres importantes transiciones del desarrollo. La emergencia de la intersubjetividad primaria tiene lugar alrededor de los 2 meses de vida, una nueva reorganización entre los 9 y los 12 meses da lugar a la intersubjetividad secundaria y, finalmente, la intersubjetividad terciaria parece acontecer alrededor del tercer año de vida Trevarthen (1982). Sadurní y Perez Burriel (2016) han puntualizado que, entre los 10 y 36 meses se dan 10 microperiodos de cambios rápidos en la adquisición de la capacidad simbólica y desarrollo de la intersubjetividad secundaria. En la adolescencia, la arquitectura y función cerebral experimenta, también, cambios bien delimitados lo que la convierte, asimismo, en un periodo de transición importante en el desarrollo humano (Buronat, 2004; Oliva, 2004 Sadurní y Rostan, 2004).

Este capítulo trata de los períodos de cambio rápido que acontecen en el primer año de vida y de la desestabilización emocional que comportan (Brazelton, 1992). Empezaremos reseñando el trabajo pionero de Horwich (1974) que observó que, justamente, antes de un salto en el desarrollo, las crías de chimpancé “regresaban” a estados de dependencia materna, buscando el contacto corporal y la aproximación de la madre, lo

cual provocaba a menudo un conflicto en la relación madre-hijo. Los autores Hetty van de Rijt-Plooij y Frans Plooij (1992) localizaron posteriormente, siguiendo los estudios de Horwich, 10 periodos concretos de desazón emocional y cambio durante los primeros 20 meses de vida en crías humanas. Los bebés humanos mostraban características comunes durante estos periodos que recordaban, en cierta manera, a las de los chimpancés en el sentido de demandar más atención y contacto físico con la madre. Los bebés humanos manifestaban esta necesidad con su propio repertorio conductual: lloraban y se irritaban fácilmente, el sueño se tornaba más ligero, en algunos disminuía el apetito y decrecía o aumentaba la actividad lo que dificultaba las rutinas cotidianas de vestir, bañar o jugar con la madre. Con todo, el rasgo más sobresaliente, al igual que en las crías de chimpancé, era la necesidad de mantener un contacto corporal con la madre y el rechazo a otras personas que no fueran ella, aun siendo conocidas. Por su proximidad con las conductas observadas en los chimpancés que “volvían” a una cierta dependencia materna, van de Ritj-Plooij y Plooij denominaron a estos períodos del bebé “períodos de regresión”.

A lo largo del presente capítulo voy a tratar sobre estos períodos aunque me parece más ajustado denominarlos períodos de cambio rápido o períodos de desorganización/ reorganización puesto que, como defenderé más adelante, el bebé no puede regresar a formas de conducta que aún son plenamente funcionales en el primer año de vida como la búsqueda de cercanía y contacto físico con la madre. Precisamente, uno de los intereses de este escrito es relacionar la necesidad de proximidad física y atención materna que manifiesta el bebé en estos puntos críticos de desorganización y reorganización desde la teoría del apego. Si lo hacemos así, pronto llegaremos a la conclusión de que estos comportamientos desazonadores del bebé son conductas activadoras del sistema de apego cuya finalidad es, precisamente, conseguir la atención y cercanía de la madre en momentos de desestabilización física o emocional. Más adelante, desarrollaré este punto. En la próxima sección

veremos que el trabajo de los científicos van de Ritj-Plooij y Plooij ha sido replicado por distintos investigadores europeos que aunaron esfuerzos entorno a un proyecto de estudio intercultural sobre los periodos denominados de regresión infantil (Lindahl, Heimann y Ullstadius, 2003; Sadurní y Rostan, 2002, 2003a; Woolmore y Richer, 2003). Todas las investigaciones efectuadas en este marco, confirmaron la existencia y localización de los mismos en las semanas halladas por el estudio original, con pequeñas variaciones. La relación entre las conductas de regresión y las transiciones del desarrollo así como la importancia de las respuestas parentales y de la Madre-Grupo¹ en estos períodos ocupará, también, un espacio de reflexión. Finalmente, este capítulo de libro cerrará con una discusión acerca del marco teórico de la psicología del desarrollo frente a estos procesos de cambio.

El fenómeno de las regresiones observadas en mamíferos primates y humanos

En 1974, Horwich publicó un artículo en el que defendía la existencia- hallada en al menos 12 especies de primates- de unos períodos específicos del desarrollo de las crías en los cuáles se observaba un incremento de necesidad de contacto físico entre estas y su madre. Lo curioso era que estas activaciones se daban en todas las crías, a pesar de pertenecer a especies distintas, en unos puntos determinados de la línea temporal del desarrollo, decreciendo estas observaciones a medida que los pequeños primates crecían. Horwich denominó *regresiones* al retorno de la necesidad de una alta frecuencia de contacto madre-hijo

¹ Madre-Gupo: término definido por Taborda (2010) “madre-grupo”, como el complejo entramado relacional identificatorio que provee el grupo que sostiene y duplica los cuidados que requieren los niños. (...). En el psiquismo del bebé estarán presentes tanto el cuidado concreto que cada uno le provee como la trama relacional y el intercambio emocional que se configura entre los participantes.

característica de los primeros meses. Esta necesidad se mostraba en un doble sentido, proximidad física de la madre y contacto ventro-ventral, es decir apegarse físicamente a la madre. Este tipo de contacto, en su doble vertiente, es típico del comportamiento de las crías de primate ante un estado de inseguridad o temor pero, en sus observaciones, Horwich mostró que estos picos previsibles, organizados en torno a semanas determinadas, acontecían sin que hubiera ocurrido un estímulo externo que hubiera dado pie a activar esta conducta de apego.

El matrimonio de investigadores holandeses Hetty Rijt-Plooij y Frans Plooij, interesados en la propuesta de Horwich, realizaron, entre 1971-73 una estancia de investigación en Tanzania, para estudiar el desarrollo del comportamiento de crías de chimpancés que vivían en libertad en el Gombe National Park, Tanzania, Sud-Africa. Analizaron, detalladamente, el proceso de creciente independencia de las crías de chimpancé de sus madres, y empezaron a relacionar los períodos de regresión, que también observaron, con cambios intrínsecos en el proceso de desarrollo de las crías, cambios que tenían repercusión en la relación madre-hijo al generarse un conflicto entre las necesidades regresivas de la cría y la respuesta materna (van de Rijt-Plooij y Plooij, 1987).

Una vez terminada su estancia en Tanzania, van de Rijt-Plooij y Plooij siguieron sus investigaciones trasladando su marco de observación a las crías humanas encontrando que, el mismo fenómeno, se observaba en nuestra especie. El artículo de 1992 desató un interés de la comunidad científica por esta aportación, que no estuvo exenta de controversia (véase De Weerth y van Geert, 1998), al publicarse el hallazgo de 10 períodos de regresión en bebés humanos en los primeros 20 meses de vida. A través de entrevistas y cuestionarios realizados en una muestra de madres holandesa así como de observaciones directas, los autores habían llegado a la conclusión de que en las semanas 5,8,12, 17, 26, 36,44,51-53, 61-62 y 72-73, de edad corregida gestacional, un alto

porcentaje de madres reportaba que les era “más difícil” la crianza porque su bebé parecía más irritable que de costumbre, lloraba más, se resistía al sueño o se despertaba más a menudo por la noche y se necesitaba más proximidad y contacto físico para que el bebé permaneciera calmado. Los autores sostuvieron que la conducta de los bebés en estos momentos se caracterizaba por tres “C’s”: *Crying*, *Clingy* y *Cranky* (llorar, pegarse a la madre y estar irritado o de mal humor).

Tres grupos de investigación pertenecientes a diferentes países europeos, Suecia, España (Cataluña) e Inglaterra se interesaron por replicar el estudio original de Rijt-Plooij y Plooij. Un mismo criterio basado en la codificación de las conductas infantiles que definían un período de regresión fue tomado de manera rigurosa por los tres grupos siguiendo la propuesta de los investigadores principales. Las entrevistas y cuestionarios, aunque traducidas al idioma original de los tres grupos, no se modificaron y el método y procedimiento de investigación fue minuciosamente estudiado por todos los participantes de manera que fuera fiel al estudio original. Esto incluía una especial atención a la corrección de la edad gestacional y especial hincapié en obtener información acerca de una posible enfermedad del bebé que implicara una bajada del sistema de inmunización. Este último requerimiento era importante puesto que es bien conocido que cuando un bebé está enfermo las conductas de apego se intensifican, esto incluye la salida de los dientes.

Todas las codificaciones y observaciones fueron sometidas a dos jueces independientes a fin de que la confiabilidad de los datos fuera respetada. Una vez los tres equipos hubieron procedido a consensuar todo el procedimiento de investigación no mantuvieron contacto ni correspondencia de datos entre sí hasta el final de la investigación que iniciaron en 1994 y finalizaron en 1996. Los datos fueron presentados en Girona en 1996 y en Göteborg, en 1997 y, finalmente, fueron publicados

en diversos artículos y en el libro *Regression Periods in Human Infancy* compilado por Mikael Heimann (2003).

En la investigación realizada en Cataluña se siguieron 4 cohortes madre-niño distribuidas a lo largo del período comprendido entre las 2 semanas y los 14 meses de vida. Cada cohorte comprendía el estudio de 5 díadas madre-hijo constituyendo un total de 20 cohortes. Siguiendo el criterio que define un período de regresión, tal como lo hemos expuesto más arriba, y con una fiabilidad entre codificadores del 78,2% los períodos de regresión se concentraron en nuestro estudio en las semanas: 5, 8, 12-13, 18, 26-27, 35, 43 y 52. La concordancia entre esta investigación y el estudio de van de Ritj-Plooij y Plooij es alta, como se puede apreciar. En el capítulo de libro que reportaba nuestros datos (Sadurní y Rostan, 2003a) subrayábamos a modo de conclusión que las conductas infantiles que caracterizan un período de regresión parecen ser uniformes y la emergencia de estos episodios en el proceso de desarrollo regulares. Ciertamente, algunos comentarios adicionales deben ser reportados en relación a nuestra investigación. Uno de ellos es que algunos niños parecen concentrar estas conductas disruptivas en un corto espacio temporal mientras que en otros, el período de inestabilidad se alarga un poco más.

El temperamento del niño parece tener también su importancia. Algunos niños, aun experimentando un período de regresión, lo hacen con una intensidad menor que otros y las madres, en función del temperamento del niño y de su propio umbral de tolerancia experimentan estos períodos cómo más o menos difíciles y con más o menos preocupación. Otro punto a resaltar es que los períodos de regresión son más continuos o concentrados en las primeras semanas de vida y se van distanciando entre ellos a medida que el niño crece, un dato que favorece la idea de un desarrollo transicional discontinuo más que continuo.

El algoritmo elaborado por Plooij (basado en las tres C's mencionadas anteriormente) requiere que se observe:

- 1- Cambios de humor del infante en alguna de estas variantes: a) el bebé llora y se irrita más fácilmente; b) presenta altibajos emocionales.
- 2- Alguna de las siguientes conductas relacionadas con el apego: a) el bebé desea más cercanía física con la madre o contacto corporal; b) En la toma de comidas requiere más contacto con la madre; c) Intenta esta cercanía física, por ejemplo, agarrándose a sus piernas o queriendo subir al regazo; d) demanda más atención materna y
- 3- Dos cualesquiera de los ítem conductual que se mencionan: a) el bebé presenta problemas de sueño o se despierta por la noche; b) surgen problemas de alimentación; c) se resiste a ser cambiado; d) se muestra más rechazante con los extraños o al contrario, e) parlotea menos; f) es menos activo; g) se chupa el dedo con más frecuencia; h) se queja continuamente de manera que parece más infantil e inmaduro; i) se muestra más “celoso” de la mamá, la requiere para él solo; j) está muy “negativista”, no se muestra tan obediente como en semanas anteriores y/o k) tiene frecuentes rabietas.

Woolmore y Richer (2003) han argüido que, a pesar de que el algoritmo que define un “período de regresión” está bien conceptualizado, la investigación sobre este fenómeno entraña algunas dificultades entre las que destacan la necesidad de que se esté comparando de manera continuada las conductas que realiza el niño, semana a semana. Al mismo tiempo, no se pide que se observe si se presentan o no, sino si se muestran con más intensidad que en la semana anterior, puesto que muchas de estas conductas forman parte del repertorio habitual de un niño en este primer año de vida. Además, como es la madre la garante de la fiabilidad de las observaciones no podemos pasar por alto que no todas adolecen de la misma capacidad de

observación y sensibilidad a las señales así como de implicación en el proyecto. Para subsanar, en parte estas dificultades, los autores diseñaron un programa informático reorganizando las categorías y conductas a observar y proveyendo un sistema de puntuación objetivo. Se puede consultar con más detalle este procedimiento en el capítulo de libro arriba citado. Woolmore y Richer estudiaron la posible existencia de estos periodos en los períodos temporales de alrededor de las 12, 17 y 26 semanas. Su investigación, minuciosamente controlada, ofrece un fuerte apoyo empírico a las tesis de Plooij y van de Rijt Plooij. Los autores también estudiaron estos períodos en una muestra comparativa de madres diagnosticadas con depresión postparto encontrando diferentes resultados (Woolmore, 1998) que apuntan, como sosteníamos al inicio de este capítulo a la importancia de las perturbaciones afectivas ambientales en la manifestación fenotípica de la programación genética. Por su parte, el equipo noruego formado por Lindhal, Heimann y Ullstadius (2003) reportaron también un soporte positivo aunque el nivel de porcentaje de los períodos observados fue más desigual así como la concordancia exacta con las semanas de la investigación de Plooij. Sin embargo, con más o menos intensidad y fidelidad a las semanas especificadas por el estudio original, todas las investigaciones que hemos apuntado en esta sección parecen subrayar la idea de que existen mecanismos neurobiológicos que controlan la activación de estos períodos concretos de la ontogenia y que obedecen a un propósito o a varios. Abordaremos este tema en la sección final de este capítulo.

Los períodos de regresión como “faros” para localizar y analizar los cambios neurobiológicos y las transiciones del desarrollo

La primera hipótesis que planea sobre los períodos de regresión es que están relacionados con cambios intrínsecos del desarrollo. Según Heimann: “los hallazgos indican un rol central para los periodos de regresión en el desarrollo psicológico del bebé. Por un lado, hay una relación temporal con los cambios cerebrales. Por el otro, cada período

de regresión señala que está a punto de suceder un avance en el desarrollo y la emergencia de nuevas habilidades (...) Cómo los cambios cerebrales no son directamente observables y la emergencia de nuevas habilidades muestra tremendas diferencias individuales, los períodos de regresión encontrados por van de Ritj-Plooij y Plooij se configuran como los únicos faros o huellas que pueden dirigir al estudio del cambio en el desarrollo” (Heimann, 2003, pág. 3).

Es conveniente recordar el concepto de transición del desarrollo. De todos es sabido que el desarrollo tiene lugar a través de dos tipos de cambios: continuos y discontinuos. Por cambio continuo podemos entender aquel que consiste en una constante y progresiva suma de nuevas dimensiones que pertenecen a una misma estructura organizativa. Por ejemplo, el desarrollo de la capacidad de deambulación o el avance del vocabulario que experimenta el lenguaje del niño en el segundo año de vida. Por transición, entendemos algo distinto. Podríamos definirla cómo la emergencia de formas de conducta o capacidades que representan un salto cualitativo y no son reducibles a manifestaciones previas. El paso de un lenguaje gestual al verbal o la emergencia de la capacidad simbólica podrían verse como transiciones del desarrollo, por ilustrar con algún ejemplo.

Las regresiones, por otro lado, entendidas en su sentido amplio como reorganizaciones del desarrollo que pueden implicar un temporal retorno a formas de comportamiento o estructuras previas del desarrollo habían ya sido reportadas en momentos de cambio de capacidades concretas como la adquisición de ciertas competencias lingüísticas (Karmiloff-Smith, 1994). Este retorno temporal ha sido explicado en base a cambios en los mecanismos que subyacen a los comportamientos observables (Zelazzo, 1982; Monoud, 1982) o en procesos competitivos que tienen lugar durante la emergencia de nuevas habilidades o ante diferentes subsistemas que se desarrollan de manera no sincrónica (Fisher & Rose, 1994; Thelen & Smith, 1994). En todos estos casos, las regresiones se erigen como indicadores de que un cambio en el desarrollo se está

produciendo o está por venir. Se establecería como un binomio entre la regresión (una cierta desorganización del desarrollo) y la transición o cambio evolutivo que implicaría una reorganización o *reprogresión* del desarrollo, término acuñado por Kortland (1955. Citado por Plooij, en prensa). La desorganización ha sido relacionada con una posible bajada del proceso de inmunización lo que explicaría que alrededor de estos períodos no es raro que el niño enferme y de ahí la confusión existente entre los períodos de regresión y las enfermedades del niño durante el primer año de vida (Plooij, van de Rijt-Plooij, van der Stelt, van Es, & Helmers, 2003). Más angustiante es la sugerencia de que podría haber una conexión entre los cambios cerebrales y el Síndrome de muerte súbita (SIDS). Las exploraciones de Mc Kenna (1990, 1991) apuntan a que la muerte súbita se produce en la interface entre el paso de la respiración automática a la respiración controlada por otra parte del cerebro. Este tipo de cambios súbitos cerebrales podrían subyacer a los períodos de regresión.

Frans Plooij mantiene en una de sus últimas publicaciones que “comparando con lo que los niños podían comprender antes y después de un periodo de regresión, hallamos que habían realizado un salto evolutivo y eran capaces de percibir un nuevo orden de los fenómenos” (Plooij, en prensa). El autor ha sostenido a lo largo de sus escritos que este fenómeno debe concebirse a la luz de la Teoría del Control Perceptivo (PCT) (Hierarchical Perceptual Control Theory, HPCT) desarrollada por Powers (1973/2005; 2008). Cada nuevo período de regresión correspondía a una nueva forma de percepción emergente. Por decirlo de alguna manera, la percepción que el niño tiene del mundo cambia en cada uno de estos períodos de cambio y reorganización así como las formas de explorarlo. Por consiguiente, en concordancia con estos cambios, nuevas habilidades emergen. Sadurní, Pérez Burriel y Plooij (2010) revisaron la investigación realizada en Cataluña sobre los períodos de regresión, poniendo el foco, esta vez sobre las nuevas habilidades que las madres

observaban en sus hijos. Esta investigación arrojó claras evidencias de que las nuevas habilidades y competencias que emergían, según la percepción materna, seguía a un período de regresión, estableciendo 8 períodos de claro balance entre el período de regresión y el de transición que lo seguía. En el artículo presentamos también lo que podríamos denominar una “escala natural del desarrollo” porque está construida en base a las percepciones coincidentes de las madres sobre una determinada habilidad o nueva competencia en su hijo.

Importancia de las respuestas parentales y de la Madre-Grupo ante los períodos sensibles en el desarrollo del bebé

Los estudios de réplica y localización de los períodos sensibles del bebé ha centrado buena parte de las investigaciones sobre este fenómeno dejando, quizás, más relegado otro aspecto de suma importancia y al que ya aludieron van de Ritj-Plooij y Plooij en su publicación de 1993: las respuestas parentales ante la desazón del bebé. Los autores perfilaron tres prototipos de comportamiento parental hallado en su muestra: preocupación, promoción del desarrollo y colapso (clashes). Preocuparse por si al bebé le pasa algo parece ser la respuesta más común que tienen las madres ante estos estados de llanto del bebé en los primeros meses de vida. Y a partir de los seis meses la reacción se bifurca entre las respuestas parentales que, ante las desazones del niño, reaccionan con conductas promotoras del desarrollo infantil y las que lo hacen en sentido contrario.

El colapso al que aludían van de Ritj Plooij y Plooij ante el llanto difícil de calmar del bebé, ante su resistencia a entrar en un sueño profundo y, en consecuencia, ante su dificultad para dormirse o a

despertarse más a menudo, y ante su irritabilidad y labilidad de humor, puede alcanzar distintos niveles de gravedad y mostrarse a través de distintas formas de reacción parental. Aunque no hay estudios que relacionen de manera determinante las formas de maltrato durante el primer año de vida con la dificultad de los padres de permanecer serenos y contenidos durante estos períodos, sí parece haber sido detectado este riesgo por parte de profesionales de la salud, como este pasaje indica:

“Los pediatras, especialmente los que tenemos hijos, conocemos la gran tensión familiar que produce un lactante pequeño con llanto inconsolable. En muchos casos se trata del primer conflicto intergeneracional. El niño que llora, rompe el ritmo del núcleo familiar, puede ser una amenaza para los padres y suele ser víctima de malos tratos si los padres no controlan la situación” (Domingo, F, 2001)

La capacidad de una madre (y padre) de ser una figura de apego segura e incondicional frente a las necesidades constantes de cuidados y atención que requiere un infante está sujeta, por una parte, al desarrollo de sus competencias de autorregulación. Pero también es importante el soporte que recibe en sus tareas de crianza. No es baladí que la naturaleza haya dispuesto organizaciones sociales en los mamíferos que incluyen las “allomothers”, concepto que remite a hembras mayores o jóvenes que ayudan a la madre en funciones tan importantes como la de vigilar a la cría, llevarla a cuevas, alimentarla, jugar con ella, tenerla en el regazo y tocarla afectuosamente. Edward Wilson, un sociobiólogo, acuñó el concepto de “alloparenting” para designar las estrategias de cuidado de las crías que implicaban a otros individuos además del padre/madre. Los estudios sobre la funcionalidad de estas *allomothers* son múltiples y variados (Wilson, 1975). Ya en 1962 Jay propuso que la existencia de estos comportamientos maternos observados en hembras

de primates Languros incrementaba la posibilidad de adopción en caso de que la madre biológica muriera. Parece que estas prácticas de parentalidad llevadas a cabo por otros individuos del grupo de la misma familia o incluso por miembros ajenos a la misma tiene como uno de los objetivos, asegurar la supervivencia de la cría. Hrdy (2001) reporta que no sólo las hembras realizan esta función. En este sentido Taborda (2010) aborda muy acertadamente esta cuestión enfatizando el valor de lo que denomina “la madre grupo”, es decir aquellos individuos que dan soporte a los padres para que puedan realizar de manera más satisfactoria, el proceso de crianza.

Sin embargo, debemos considerar que la “madre grupo” no solo está orientada en clave evolucionista a la protección de la cría. Ni debería leerse, a mi entender, como una simple herencia caduca de nuestro pasado filogenético. En la actualidad continúa teniendo una crucial importancia. Hurtado y otros (1992), por ejemplo, han subrayado que las abuelas ayudan a los padres a que puedan cumplir sus horarios laborales y, por consiguiente, aportar beneficios económicos al hogar, quedándose los niños en casa después del horario escolar o cuando éstos están enfermos. Quizás, no se ha hecho suficiente hincapié en el papel que cumple y aún podría cumplir más esta “madre grupo” que incluye abuelas/los; tias/os, hermanos mayores, educadoras/es de escuela maternal y personal médico-psico-sanitario en su papel de proteger y cuidar a la madre en situación de crianza y, también al padre. Jodar Martín Montalvo (1992) en su monografía dedicada a la obra de Raf Carballo nos recuerda uno de los conceptos claves de este autor que reproduzco aquí: “La compañía amorosa de los demás hombres, sobre todo en los primeros años de la vida, es rigurosamente necesaria, tanto en el orden psíquico como en el somático, para que el individuo humano adquiera plena integridad, y en consecuencia ese estado biológico que solemos llamar integridad o salud” (pág.18). Es el concepto de *urdimbre afectiva* y de la *metaurdimbre* que describe Carballo (1975). El niño, en su nacer inmaduro, necesita de amparo, de seguridad, de confianza

básica, tal como sostuvo Bowlby. Carballo le da el nombre de *ternura* a ese compendio de funciones. Los progenitores también ejercen una función de sostenimiento, de regulación de los impulsos frustrados y aún de liberación de la fuerza del apego, motivando la exploración del horizonte. Por último ejercen una función de orden y estructura, dando sentido a las cosas ante lo que podría ser un caos de estímulos perceptivos (Martínez Priego, 2015). Y así como el niño necesita la urdimbre afectiva para su sano desarrollo, el adulto para ejercer sus funciones necesita de la metaurdimbre, esto es la familia y las redes sociales e institucionales que le sostienen y apoyan.

La comprensión de los períodos sensibles del primer año de vida desde la psicología evolucionista del desarrollo y la teoría del apego

Van de Rijt-Plooij y Plooij sugirieron que los períodos de regresión o períodos sensibles del desarrollo, deberían considerarse índices de la reorganización cerebral que el niño experimenta, particularmente durante el período postnatal y a lo largo del primer año de vida. El mismo proceso de desarrollo causaría una pérdida de control y de equilibrio homeostático. El niño, al no poder restablecer la sensación de seguridad y equilibrio por sí mismo, activaría mecanismos de apego como son el llanto y la necesidad de contacto físico ventro-ventral para conseguir la regulación emocional materna así como la atención y cuidados necesarios durante estas fases de inestabilidad y cambio. Este razonamiento sugiere que las conductas de apego que activa el niño y las de cura y cuidado con que responde la madre son una consecuencia de la desazón experimentada por el niño.

Sin ser incompatible con la idea que acabamos de esbozar quisiera aportar dos vías más de reflexión acerca del significado evolucionista de estas conductas de activación del sistema de apego claramente organizadas a lo largo del primer año de vida.

La primera vía de razonamiento gira alrededor de cómo una mente infantil en un cuerpo en desarrollo, que apenas puede desplazarse por el entorno, consigue a través del llanto y el reclamo de atención, que una mente más evolucionada, en este caso la materna y paterna, interaccionen con ella y le aporten estímulos novedosos. Con ello, consigue no sólo calmarse, sino obtener importantes fuentes de estimulación. En efecto, la madre en el intento de distraer al niño va a cantarle, hablarle, quizás lo acercará a la ventana y le enseñará formas en movimiento o de color o quizás le aproxime interesantes objetos y promueva la curiosidad infantil para mirarlos o explorarlos. La idea es que justo en un momento en que el cerebro del niño se predispone a realizar un cambio evolutivo, la intensificación de la interacción adulto-niño deviene parte del proceso ontogénico que permite a la mente infantil avanzar. Si miramos este fenómeno desde la teoría del desarrollo de Vygotsky (1978) podemos concebir esta intensificación de la relación madre-hijo como una zona de desarrollo proximal a través de la cual la mente del niño se construye. Tal y como sabemos los organismos son sistemas abiertos, sistemas que se forman en constante interacción con el medio. En el desarrollo infantil se produce un bucle recursivo entre la estructura biológica que nos determina cómo seres humanos y las perturbaciones del medio capaces de afectarla. Vendría bien aquí retomar el concepto defendido por Maturana y Varela (1990) acerca de la determinación estructural de los organismos. Esta interesante propuesta significa que son los mismos organismos los que especifican qué estímulos del medio impactan y hacen derivar en un sentido u otro sus trayectorias de desarrollo. En este sentido, cabe recordar, que la estructura de la mente humana está diseñada para que otra mente nos impacte. El cerebro humano, postulaba Bräten (1988) es un cerebro dialógico. También las ideas de Trevarthen (1979, 1982, 2003) han sido paradigmáticas al respecto al sostener que la base de la cultura se encuentra en la motivación humana innata para el mutuo entendimiento y la cooperación. Esta motivación para comunicar y compartir se

encuentra ya presente después del nacimiento y progresa rápidamente a lo largo de los tres primeros años de vida. Como escribí en un capítulo de libro anterior (Sadurní, M y Rostan, C. 2003 b, pág. 9): “Parece lógico postular que, a través de la evolución, ha sido necesario asegurar la supervivencia de mecanismos que predispongan a los seres humanos a comunicarse con otros. Esto sugiere que los períodos de regresión podrían ser concebidos como activadores de la matriz dialógica y afectiva madre-hijo a través de la cual la cultura y el conocimiento van a penetrar en la mente infantil promoviendo su desarrollo”.

La segunda vía de razonamiento ha recibido menos atención y, de hecho, la exponemos aquí por primera vez. Implicaría, como hipótesis, concebir los períodos de regresión como mecanismos psicobiológicos para ayudar a desarrollar un fuerte lazo de apego entre el niño y su madre así como entre la madre y el niño y, por extensión, entre la cría y aquellos otros adultos, como el padre, abuelos y familia que cuida al niño- la madre grupo- que van a construirse como figuras de apego para el niño. En el siguiente párrafo intento desarrollar la presente reflexión.

El término “impronta” introducido por el etólogo Konrad Lorenz (1957), es utilizado por Bowlby en un sentido más amplio, para referirse a “todos los procesos puestos en marcha para dirigir la conducta filial de la cría- sea ave o mamífero- con preferencia y de manera estable hacia una (o más) figura(s) discriminadas(s)” (1969, traducción al castellano 1998). La impronta o troquelado es un mecanismo de supervivencia que implica la discriminación y preferencia que sienten las crías por ciertas figuras y el temor o rechazo de las desconocidas que podrían llegar a atacarlas. Este proceso de discriminación e impronta reviste características determinadas según las especies de aves y mamíferos pero todas tienen en común que las preferencias- que no son irreversibles- una vez establecidas tienden a perdurar en el tiempo.

Bowlby estudió las características diferenciales de la impronta en los seres humanos, proceso que denominó *attachment* (traducido al

castellano como “apego”). El desarrollo de la capacidad de discriminación y apego de un bebé hacia su madre (entendida como “figura que realiza funciones maternas” y, por tanto, no necesariamente refiere a la madre biológica) tiene lugar de manera lenta y compleja a lo largo del primer año de vida. Tiene lugar a través de una serie de conductas que tienen como finalidad conseguir la proximidad física de la madre. La teoría de control de la conducta de apego, defendida por Bowlby, establece esta proximidad a la madre como una meta prefijada. Ahora bien, en su primer tomo de la trilogía Attachment, Separation and Loss, citado más arriba, Bowlby nos hace reparar en el hecho de que las crías humanas, a diferencia de otros animales jóvenes, no pueden conseguir en el momento del nacimiento la proximidad de las figuras cuidadoras, por sí solas. Y van a tardar bastantes meses en adquirir esta competencia. A partir del gateo serán más diestras en poder desplazarse de forma autónoma y conseguir acercarse a la figura de apego. Sin embargo, no será hasta el segundo año de vida, con el progreso de las capacidades de deambulación, que emergerán las denominadas “conductas de seguimiento” que permiten al niño ser autónomo en su búsqueda de la madre y en conseguir su cercanía física y protección. Durante los primeros 10/12 meses de vida el niño tiene que valerse de otros medios y mecanismos, por ejemplo el llanto o gritar “mamá”, en relación a este objetivo.

Fijémonos que la conducta de apego, descrita por Bowlby, tiene dos rasgos principales: mantener la proximidad a la madre y restaurarla cuando se interrumpe (Bowlby, opus cit.). Es una especie de danza en que, tanto la cría como la madre, ponen a prueba sus capacidades al respecto. Tiene que ver con la capacidad de la cría de activar la cercanía de la madre y la capacidad materna de responder a las llamadas de ésta. Entonces, si este sistema es básico para la supervivencia de la cría y dado que la especie humana nace inmadura para conseguir por medio de la locomoción que la madre permanezca cercana, no es descabellado pensar que los períodos de regresión pueden ser elementos activadores

que garanticen el desarrollo del vínculo afectivo entre madre e hijo. El niño, con sus llantos más activos, su expresión de desazón y la necesidad de contacto físico con la madre para poder restaurar su homeostasis estaría contribuyendo a que a lo largo del primer año se establecieran períodos regulares en los que la relación madre-hijo devendría más intensa si cabe en orden a establecer esta conexión entre “conducta de apego” y “conducta de cuidado” ayudando a establecer, en el caso que la madre responda de forma sensible a esta demanda hiperactiva del niño, al establecimiento de un apego de base segura. Sabemos, además, que las interacciones madre-hijo en estos períodos precoces facilitan el desarrollo de las estructuras de autorregulación localizadas en la región corticolímbica del hemisferio derecho del cerebro (Bradshaw; Schore; Brown; Poole y Moss, 2005). En este sentido, apunto a que los períodos de regresión podrían verse como facilitadores de ambos procesos.

Conclusiones

Las manifestaciones de llanto, demanda de más contacto físico con la madre o figura de apego, la labilidad del sueño y la irritación, en general, del bebé, sin que ello obedezca a ninguna enfermedad o cólico del lactante ni a un motivo claro, parece darse en períodos concentrados a lo largo de determinadas semanas del primer año de vida infantil. Ello sugiere una especie de regularidad biológica observada en crías humanas de distintos países, culturas y familias. Se han postulado diferentes hipótesis. La más probada, científicamente, apunta a que se trata de una cierta pérdida de equilibrio homeostático que tiene lugar en el umbral de una transición evolutiva del desarrollo. A lo largo del capítulo nos hemos permitido algunas digresiones sobre el alcance de este fenómeno que la ciencia deberá apuntalar o rechazar. En clave evolucionista, hemos planteado que la activación de conductas de apego en la antesala de un cambio evolutivo podría ser parte intrínseca del proceso de desarrollo al asegurar una fuente de estimulación que ayudaría al propio cerebro a

avanzar. También hemos reflexionado acerca de si esta necesidad de contacto ventro-ventral y proximidad física de la madre monitorizada por el propio organismo ahondaría en el proceso de discriminación de la figura de apego de otras extrañas y ahondaría en el establecimiento del vínculo que une al niño con la madre/padre y a éstos con aquel.

Aunque la regularidad y universalidad de los períodos de regresión sea un tema de estudio mayor no lo es menos la singularidad con la que madre-hijo experimentan este fenómeno. Para empezar, no todos los niños acusan la desazón e irritabilidad que caracteriza a estos períodos con la misma intensidad ni con la misma duración. Algunos niños concentran estas manifestaciones a lo largo de un día y/o noche, otros pueden alargar estas conductas dos o tres días seguidos. Tampoco las madres viven emocionalmente esta sobrecarga de necesidad de contacto y atención de la misma forma. Algunas no experimentan apenas cansancio alguno y son reacias a calificar a sus hijos o a sus conductas como “difíciles”. Otras, en cambio, viven estos períodos con ansiedad y preocupación. Un número menor de madres/padres, pero importante de visualizar, experimentan dificultades para calmar a sus hijos/as en este estado pudiendo llegar a ser agresivas o negligentes, lo que hace necesario fomentar campañas de información y sensibilización dirigida a padres y profesionales de la infancia. Por último, hemos señalado la importante labor de la “madre grupo” en el sostenimiento de la crianza.

Referencias Bibliográficas

- Bowlby, J (1969). *Attachment and Loss. I. Attachment*. Publicado en inglés por Hogarth Press, Londres. Traducción al español por Mercedes Valcarce. Ediciones Paidós Ibérica: Barcelona.
- Bradshaw, G. A; Schore, Allan; Brown, Alice; Pool, Joyce H. y Moss, Cynthia J. (2005). *Nature*. |Vol 433 | 24 February.

- Bratën, S. (1998). Intersubjective communion and understanding: Development and perturbation. En S. Bratën (Ed.). *Intersubjective communication and emotion in early ontogeny* (pp. 372-382). Cambridge: Cambridge University Press.
- Brazelton, T. B. (1992). *Touchpoints: Emotional and Behavioral Development*. Reading M.A.: Addison-Wesley.
- Buronat, E (2004) El desarrollo del sustrato neurobiológico de la motivación y emoción en la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 27 (1), p.87-104
- Domingo F. (2001) Nadó que plora, pares al límit i sacseig: què fer? *Pediatr Catalana*; 61: 35-40.
- Fisher, K.W., & Rose, S.P. (1994). Dynamic development of coordination of components in brain and behavior: A framework for theory and research. In G. Dawson & K.W. Fisher (Eds.), *Human behavior and the developing brain* (pp. 3-66). New York: Guilford Press.
- Kagan, J. (1984). Continuity and change in the opening years of life. In R. N. Emde, & R. J. Harmon (Eds.). *Continuities and discontinuities in development*. New York: Plenum.
- Karmiloff-Smith, A.(1994). Précis of Beyond modularity: A developmental perspective on cognitive science. *Behavioral and Brain Science*, 17, 693-745.
- Kortlandt, A. (1955). Aspects and prospects of the concept of instinct (vicissitudes of the hierarchy theory). *Archives Neerlandaises de Zoologie*, 11, 155-284.
- Jay, Phyllis C. (1962). Aspects of Maternal Behavior among Langurs. *Annals of the the New York Academy of Science* 102:468-478.
- Heimann, M (Ed.) (2003). *Regression periods in human infancy* (pp. 41-55). Mahwah, NJ:Erlbaum.
- Horwich, R.H. (1974). Regressive periods in primate behavioral development with reference to other mammals. *Primates*, 15, 141-149.

- Hurtado M, Hawkes K, Hill K, Kaplan H. 1992. Trade-offs between female food acquisition and child care among Hiwi and Ache foragers. *Hum. Nat.* 3:1-28
- Jódar Martín-Montalvo, Luis. Pensamiento y obra de Juan Rof Carballo (tesis doctoral), Universidad Complutense, Facultad de Farmacia, Madrid, 1992. (
- Kortlandt, A. (1955). Aspects and prospects of the concept of instinct. *Archives Neerlandaises de Zoologie*, 11, 155-284. Citado por F. Plooiij (en prensa, opus cit).
- Lindahl, L.; Heimann, M. i Ullstadius, E. (2003). Ocurrence of Regressive Periods in the Normal Development of Swedish Infants. En M. Heimann (Ed). *Regression Periods in Human Infancy* (pp. 42-56). New Yersey: Lea.
- Lorenz, K.Z. (1935). Der Kumpan in der Umwelt des Vogels. *J.Orn. Berl.*, 83. traduc.inglesa en *Instinctive Behaviour* editada por C.H.Schiller, New York: International University Press, 1957.
- Martínez Priego, C. (2015). Urdimbre afectiva y educación. Aproximación a las ideas pedagógicas de Juan Rof Carballo. *Estudios sobre Educación / Vol. 28 / 139-154*
- McKenna, J. (1990a). Evolution and sudden infant death syndrome (sids), Part I: infant responsivity to parental contact. *Human Nature*, 1, 145-177.
- McKenna, J. (1990b). Evolution and the sudden infant death syndrome (SIDS), Part II: Why human infants? *Human Nature*, 1, 179-206.
- Mahler, M., Pine, F., & Bergman, A. (1975). *The psychological birth of the human infant*. New York: Basic Books.
- Maturana, H.R. & Varela, F. (1990). *El árbol del conocimiento*. Madrid: Debate.

- McCall, R. B., Eichorn, D. H., & Hogarty, P. S. (1977). Transitions in early development. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 42(3, Serial No 171)
- Meltzoff, A. N., & Gopnik, A. (1989). Some relationships between imitation, cognitive development and early language development in the first two years of life. In G. Speidel, & K. Nelson (Eds.). *The many faces of imitation in language learning*. New York: Springer-Verlag.
- Monoud, P. (1982). Revolutionary periods in early development. En T.G. Bever (Ed.). *Regression in mental development: Basic phenomena and theoretical alternatives* (pp. 119-131). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Powers, W. T. (1973, 2005). *Behavior: the control of perception* (second ed.). Bloomfield, NJ: Benchmark Publications.
- Plooij, F. X., van de Rijt-Plooij, H., & Helmers, R. (2003). Multimodal distribution of SIDS and regression periods. In M. Heimann (Ed.), *Regression periods in human infancy* (pp. 97-106). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Plooij, F. X., van de Rijt-Plooij, H. H. C., van der Stelt, J. M., van Es, B., & Helmers, R. (2003). Illness-peaks during infancy and regression periods. In M. Heimann (Ed.), *Regression periods in human infancy* (pp. 81-95). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Powers, W. T. (2008). *Living Control Systems III: The Fact of Control*: Benchmark Publications.
- Plooij, X.F (en prensa). *The phylogeny, ontogeny, causation and function of regression periods explained by reorganizations of the hierarchy of perceptual control systems*.
- Rijt-Plooij, H. H. C van de & Plooij, F. X. (1987). Growing independence, conflict and learning in mother- infant relations in free-ranging chimpanzees. *Behaviour*, 101, 1-86.

- Rijt-Plooij, H. H. C van de & Plooij, F. X. (1993). Distinct periods of mother-infant conflict in mother-infant development. Sources of progress and germs of pathology. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 34. 229-245
- Rijt-Plooij, H.H.C. van de, & Plooij, F.X. (1992). Infantile regressions: Disorganization and onset of transition periods. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 10, 129-149.
- Rof Carvallo, J. *Teoría y Práctica Psicósomática* Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao, 1984.
- Ruff, H. A., & Rothbart, M. K. (1996). *Attention in early development: Themes and variations*. New York: Oxford University Press.
- Sadurní Brugué, M.; Rostan, C. (2003a) A reflexion about regression periods from a Catalan population study. En M. Heiman (Ed). *Regression Periods in Human Infancy* (pp. 7-22) New York: Lawrence Erlbaum Associates. pp. 7 – 22.
- Sadurní, M. & Rostan, C. (2003b). La importancia de las emociones en los períodos sensibles del desarrollo. *Infancia y Aprendizaje*, 27 (1), 105-114.
- Sadurní, M y Rostan, C (2004) *Infancia y Aprendizaje*, 2004, 27 (1), 105-114.
- Sadurni, M., Burriel, M. P., & Plooij, F. X. (2010). The temporal relation between regression and transition periods in early infancy. *The Spanish Journal of Psychology*, 13(1), 112-126.
- Sadurní Brugué, M. (2011) El desarrollo de la regulación afectiva y la interacción. En Conrad Izquierdo y Adolfo Perinat (Coord). *Investigar en Psicología de la Comunicación*. Barcelona: Editorial Amentia.
- Sadurní, M y Pérez Burriel, M (2016). Outlining the windows of achievement of intersubjective milestones in typically developing toddlers . *Infant Mental Health Journal*, Vol. 37(4), 356–371.

- Spitz, R. A. (1958). *La première année de la vie de l'enfant*. Paris: P.U.F.
- Taborda, A. (2010). Trabajo con imágenes en proceso diagnóstico de niños. SEPYPNA. Cuadernos de Psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente: Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente, 49, 173-185
- Thelen, E., & Smith, L.B. (1994). *A dynamic systems approach to the development of cognition and action*. Cambridge, MA:MIT Press.
- Trevarthen, C. (1982). The primary motives for cooperative understanding. In G. Butterworth, & P. Light (Eds.). *Social cognition: Studies of development of understanding* (pp. 77-109). Brighton, UK: Hasvester Press.
- Trevarthen, C. (1979). Communication and cooperation in early infancy. A description of primary intersubjectivity. En M. Bullowa (Ed.) *Before speech: The beginning of human communication* (pp. 321-347). London: Cambridge University Press.
- Trevarthen, c. & Aitken, k. (2003). Regulation of brain development and ge-related changes in infants' motives: The developmental function of regressive periods. En M. Heimann (Ed.). *Regression periods in human infancy* (pp. 185-205). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Vigotsky, L.S. (1978). *Mind in society. The development of higher psychological processes*. Cambridge, MA. Harvard University Press.
- Weerth, C de & van Geert, P (1998). Emotional instability as an indicator of strictly timed infant development: Sources of progress and germs of pathology. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 34. 229-245.
- Wilson, Edward (1975). *Sociobiology, the New Synthesis*. Cambridge: Harvard University Press.

- Woolmore, A. (1998). Regression periods in infancy and maternal post-natal depression. Unpublished doctoral dissertation, Oxford Clinical Psychology: Training Course.
- Woolmore, A. & Richer, J. (2003). Detecting Infant Regression Periods: Weak Signals in a Noisy Environment. En M. Heimann (Ed.). *Regression periods in early infancy* (pp. 23-40). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Zelazo, Ph, R. (1982). The year-old infant. A period of major cognitive development. In Th.G. Bever. (Ed.). *Regressions in mental development: Basic phenomena and theories* (pp. 47-79). Hillsdale, NJ: Erlbaum.